

hombre orgulloso y sombrío, que irritado ya contra el padre de Abdelaziz, y temiendo el resentimiento de sus hijos, empujó todos tres, los dos en África y el uno en España, acogió con avidez la acusación y resolvió deshacerse de todos. La orden de muerte para Abdelaziz la comunicó á los cinco principales caudillos de esta tierra. El primero que la recibió fué Habib ben Obeidah el Fehri (1), el más fiel amigo y compañero de Abdelaziz. Grande fué la afición de Habib. «¿Es posible, exclamó, que la envidia y el odio paguen de esta manera los más gloriosos servicios? Pero Dios es justo, y nos manda obedecer al califa.» Tal era el deber de un musulmán sumiso, y Habib se resignó.

Habitaba Abdelaziz una casa de recreo en las afueras de Sevilla; á su lado había hecho construir una mezquita donde se congregaba el pueblo á la oración. Resueltos los cinco jefes á ejecutar las órdenes del califa, entraron una mañana en la mezquita, conducidos por Zeyad, cuando el desventurado y desprevenido Abdelaziz rezaba la oración del alba. Echáronse los conjurados, y aunque muchos amigos pugnaron todavía por defenderle, acribilláronle con sus lanzas (año 97 de la hégira, 715 y 716 de J. C.) Cortáronle la cabeza, y enterraron su cuerpo en el patio de la casa. La cabeza alcanforada la enviaron al califa de Damasco. Tocóle á Habib ser el conductor del funesto presente. Cuéntase que habiendo llegado Muza al palacio del califa al tiempo que este examinaba la cabeza de su víctima, tuvo la horrible crueldad de preguntarle: «¿Conoces, Muza, esta cabeza?—Sí, contestó altivamente el anciano walí, la reconozco: la maldición de Dios caiga sobre el asesino de mi hijo, que valía más que él.» Y salió del palacio, y partió para Walthichora, su patria, donde á poco tiempo murió oprimido de pesar. Los hermanos de Abdelaziz sufrieron la misma suerte que él. Justo castigo, dicen los cronistas cristianos, con que Dios hizo expiar á Muza sus crueldades para con los fieles: indigna recompensa, dicen los escritores árabes, de los distinguidos servicios que había prestado al imperio tan noble familia (2).

Abdelaziz había gobernado la España con prudencia cerca de diez y ocho meses. En las inmediaciones de Antequera hay un valle que llaman todavía de Abdalaziz; nombre sin duda conservado por los árabes en memoria de aquel desgraciado emir. Ignórase lo que fué de Egilona. Parece que la Providencia quiso cubrir con el velo de la oscuridad el término de los principales personajes godos de la última familia real. En cuanto á Teodomiro, al tiempo que la cabeza de Abdelaziz le fué enviada al califa, despachó también emisarios para suplicar á Suleiman que respetara las estipulaciones hechas con el emir, y consiguió que el califa las mandara observar.

No había nombrado el califa sucesor á Abdelaziz. En su virtud reuniéronse en consejo los principales caudillos y eligieron walí á Ayub ben Habib el Gahmi, primo hermano de Abdelaziz, guerrero experimentado y administrador entendido. Trasladó el nuevo emir el asiento del gobierno á Córdoba, como punto más central. Dividió la Península en cuatro grandes partes, con los nombres de Norte, Mediodía, Oriente y Occidente (3). Visitó á Toledo y Zaragoza, oyó las quejas de los pueblos sobre las injurias de los alcaides y gobernadores, destituyó á muchos, puso orden en la administración, y se captó el afecto de cristianos, judíos y musulmanes. Entre Toledo y Zaragoza, y sobre las ruinas de la antigua Bilbilis, erigió una fortaleza, que se llamó *Calat-Ayub*, castillo de

(1) *Habib* era el nombre personal: *ben* significa hijo: *ben Obeidah* hijo de Obeidah; *el Fehri* es el patronímico de la tribu. Este mismo orden siguen generalmente los árabes en todos los nombres. A veces citan los de muchos de sus abuelos, para lo cual no hacen sino añadir á cada uno de ellos el *ben*. Es como el *filius* de la Biblia, en que se observa también la misma costumbre.

(2) Tarik murió también, como Muza, en la oscuridad y en la desgracia. Parecía destino de los conquistadores de España perecer ingratamente recompensados por sus pueblos. Aníbal y Escipión, Muza y Tarik, todos tuvieron un fin poco digno de sus gloriosos hechos.

(3) *Al Guf*, *al Kebab*, *al Sharkyah*, y *al Garb*. Conserva todavía este último nombre una de las provincias occidentales de la Península, en lo que es hoy Portugal.

Ayub (4). Ibanse reparando en lo posible los desastres de la guerra, pero gozó poco tiempo España las ventajas de un gobierno reparador. Depúsole el califa por ser pariente de Muza, y nombró en su lugar á Alhaur ben Abderrahman, llamado comunmente El Horr, y Alahor en nuestras crónicas cristianas (5).

Violento y duro el nuevo emir, hizo pesar una opresión igualmente ruda sobre cristianos y musulmanes. Belicoso y emprendedor, fué el primero que se atrevió á llevar las armas sarracenas del otro lado de los Pirineos, ó por lo menos el primero que, al frente de una expedición formal, franqueó la barrera oriental de aquellas montañas y penetró en la Galia Gótica, en aquella Septimania que había constituido una parte integrante del reino godo-hispano, y que después de la catástrofe había tenido que ponerse bajo la tutela de los duques de Aquitania. Habíase refugiado á ella gran número de cristianos de la Península. Difundió El Horr el espanto por aquellos ricos y semi-abandonados países. Narbona no pudo resistir al ímpetu de las huestes sarracenas, y la antigua capital de la Septimania gótica fué convertida en capital de la Septimania árabe. Por espacio de tres años recorrió, según algunos, por un lado hasta Nîmes y el Ródano, por otro hasta el Garona, hasta que le obligó á regresar la noticia de una victoria de los cristianos del Norte de la Península sobre un ejército musulmán.

Debió ser el primer triunfo de los refugiados en Asturias, suceso de que daremos cuenta en lugar separado, así por merecerlo su importancia, como por no interrumpir la narración cronológica de lo que acontecía en todo el resto de España.

Las injustas exacciones de El Horr y sus violencias contra los alcaides y walíes que no se prestaban á cooperar á sus iniquidades, sobre todo contra los moros y berberiscos, levantaron contra él universal clamor, y movieron al califa Yezid á enviar en su reemplazo á Alsamah ben Melek, el Zama de nuestras crónicas (720), que se consagró á reparar los males causados por la avidez y la dureza de su predecesor. Hábil y entendido en administración Alzama, arrojó los tributos, hizo una distribución por suerte de los bienes que habían quedado sin dueños, estudió las provincias, y fué el primero que hizo y envió al califa una estadística de la población del país y sus riquezas de todo género, con una descripción de sus ciudades, sus ríos, sus costas y sus puertos.

Guerrero también Alsamah como todo buen musulmán de aquel tiempo, no quiso ceder en gloria militar á ninguno de sus predecesores, y con numerosa hueste avanzó, no ya solo á la Septimania, sino á la Aquitania misma, centro de los vastos dominios del conde Eudon, y puso cerco á Tolosa. A punto de rendirse estaba ya la ciudad, cuando acudió Eudon con un ejército considerable. «La muchedumbre de los enemigos era tanta, dice un historiador árabe, que el polvo que levantaba con sus pies oscurecía el cielo.» Los dos ejércitos se acometieron con el ímpetu de dos torres que bajan de las cumbres: dudosa estuvo mucho tiempo la batalla: corría Alzama á todas partes como un bravo león; cuando levantaba su espada, fluía la sangre y destilaba por su brazo; pero la lanza de un cristiano le atravesó el cuerpo y le dió el martirio. Con esto desmayó la caballería árabe; el campo quedó sembrado de cadáveres, y los restos del desbaratado ejército se retiraron á Narbona, y nombraron su jefe y emir al valiente

(4) Fundóse después allí la ciudad que actualmente se nombra Calatayud.

(5) Debemos advertir que en cuanto á los nombres árabes, así de personas como de pueblos, de empleos, dignidades, instituciones, etc., los escribiremos muchas veces con la ortografía, ó más usada de nuestros cronistas é historiadores, ó más acomodada á la pronunciación castellana, sin que por eso dejemos muchas veces y respecto á los más importantes, de poner á su lado la tecnología árabe, según que la vemos usada por los más doctos orientalistas. Así lo hemos hecho con muchos nombres romanos y góticos. Nos acomodamos también en esto á la práctica de Conde, y creemos que de otro modo no sería fácil á muchos lectores hallar la identidad de una gran porción de estos nombres con los que estarán acostumbrados á leer en nuestras antiguas historias.

Abderrahman el Gafeki (721), cuya elección confirmó el emir superior de África.

No hizo poco Abderrahman en contener á los cristianos de la Galia, y en reprimir á los de la frontera oriental española, que alentados con el triunfo de sus correligionarios de Tolosa se habían removido y alterado. Perdió á Abderrahman su excesiva liberalidad para con los soldados: repartíales todo el botín, sin exceptuar más que el quinto que la ley mandaba reservar para el califa: amábanle con esto las tropas, pero los jefes le representaron como corrompedor de las costumbres frugales y sencillas de los musulmanes, y bastó para que el emir de África le reemplazara con Ambiza ben Sehim, de su misma tribu y familia.

Casi todos los emires comenzaban por organizar la administración. Ambiza hizo una nueva y equitativa distribución de los terrenos baldíos entre los veteranos del ejército y los musulmanes pobres que acudían á establecerse en España. Recargaba ó aliviaba el impuesto á las poblaciones, según era mayor su sumisión ó su resistencia á recibir la ley del Islam. Hacía constantemente justicia á todos, sin mirar que fuesen musulmanes ó cristianos, y cuando visitaba las provincias llenábanle los pueblos de bendiciones. Propúsose después vengar el desastre de Tolosa, é invadió resueltamente la Galia gótica. Carcasona, Beziers, Agda, Magalona, Nîmes, todas las ciudades de la Septimania, además de Narbona que pertenecía ya á los árabes, cayeron en su poder. Penetró hasta el Ródano y tomó á Lyon; avanzó á la Borgoña y saqueó á Autun. La conducta de los conquistadores de la Galia era casi idéntica á la que habían observado en España. No imponían el islamismo; dejaban á los cristianos su culto, y el tributo á que los sujetaban era más ó menos crecido según la mayor ó menor resistencia de los pueblos conquistados. Murió, no obstante, allí Ambiza de resultas de heridas recibidas en un combate (725), designando antes de morir para sucederle á Hodeirah ben Abdallah, cuyo nombramiento no fué ratificado por el emir de África, el cual envió en su lugar á Yahia ben Salemah, hábil y bravo general, pero de un rigor inflexible (1).

Agridos por la severidad de Yahia los mismos jefes que habían influido en su nombramiento pidieron luego su destitución, y el emir de África, condescendiendo á los caprichos de aquellos caudillos, les dió á Hodeifa ben Alhaus, hombre sin talento, que solo pudo sostenerse algunos meses, y hubo de ser reemplazado por Othman ben Abu Neza, el Munuza de las crónicas cristianas, que á su vez fué pronto víctima de la inconstancia de aquellos turbulentos y descontentadizos jefes y sustituido á los seis meses por Alhaitam ben Obeid.

Desacertada elección fué también la de Alhaitam. Su avaricia y sus tiranías con musulmanes y cristianos, sus tormentos, suplicios y confiscaciones le hicieron tan aborrecible, que informado el gobierno de Damasco de sus excesos, hubo de despachar á España á Mohamed ben Abdallah con la misión de averiguar lo que de cierto hubiese en los desmanes que se atribuían al emir, y de imponerle el conveniente castigo si resultase culpable. Poco trabajo le costó al enviado apurar la verdad; públicas eran sus vejaciones: el tirano fué preso; y despojado de sus insignias de jefe, con la cabeza desnuda y las manos atadas á la espalda, hízole pasear montado en un asno por las calles de Córdoba, teatro principal de sus maldades, embarcándole en seguida cargado de cadenas á África á disposición del emir (728). Así vigilaban los califas de Damasco por la suerte de su nueva dependencia de España, siempre que á tan larga distancia podían llegar las quejas de los oprimidos. Dos meses permaneció Mohamed en España gobernando con justicia y equidad, al cabo de los cuales partió dejando nombrado walí al guerrero Abderrahman; aquel mismo que por su excesiva liberalidad para con los soldados había sido antes depuesto. Recibido fué este nombramiento con general aplauso: solo los berberiscos vieron con enojo su elevación, porque como árabe que era, distinguía y apreciaba con preferencia á los de su raza. Munuza, el africano, revoltoso y

(1) Isid. Pacens. Chron. 53.—Cron. de Moissac.—Ahmed Al Makari.—Conde, cap. 22.

altivo, tramó pronto una traición contra el jefe de pura raza árabe.

Muchas injusticias reparó Abderrahman; afable y justo con cristianos y musulmanes, depuso á los alcaides opresores, y los reemplazó con otros de conocida probidad; restituyó á los cristianos las iglesias que les habían quitado faltando á las estipulaciones, y destruyó las que por soborno y á precio de oro habían permitido levantar de nuevo algunos gobernadores. Empleó los dos años primeros en reconocer y visitar las provincias, y en restablecer el orden por todas partes. Pero lo que hizo célebre á Abderrahman fué su famosa expedición á la Galia, aunque de fatal resultado para él y para los árabes. Extraordinarios fueron los preparativos; tribus enteras de Arabia, de Siria, de Egipto y de África vinieron á España á alistarse bajo las banderas de Abderrahman para la guerra santa; pero antes de emprenderla, érale preciso al emir deshacerse de Munuza, que envidioso de sus glorias, de carácter inquieto y discoló, pero belicoso y bravo, se había aliado con Eudon, duque de Aquitania, y casábase con su hija. Abderrahman conoció lo que podía temer de Munuza, que ambicionaba su puesto, si le daba lugar á encender una guerra civil entre los musulmanes, de concierto con su aliado. Despacha, pues, á un jefe sirio llamado Gedhi ben Zeyan, con orden expresa de buscar á Munuza y traérselo vivo ó muerto. Gedhi en cumplimiento de su misión marcha al frente de un fuerte destacamento hacia la residencia de Munuza: apenas tuvo este tiempo para huir con su esposa Lampegia; Gedhi le persigue por los desfiladeros de las montañas: Munuza fatigado se detiene á reposar en un fresco y frondoso valle al pie de una fuente de agua viva que se desgajaba de una roca: el murmullo de las aguas y las caricias de su cautiva bien amada, como la llama el autor árabe, no le permiten oír el ruido de los pasos de su perseguidor: Munuza es sorprendido, Gedhi se apodera de Lampegia, Munuza cae á los golpes de las lanzas, córtanle la cabeza, y llevan ambos presentes á Abderrahman. Admirado quedó el emir de la hermosura de Lampegia; la cabeza de Munuza la envió al califa, según costumbre, exponiéndole las causas que le habían movido á esta rápida ejecución.

Desembarazado de este rival, Abderrahman se pone en marcha con su grande ejército, el mayor que se había visto jamás en España bajo los estandartes blancos de los Ommiadas. Dirígese por Pamplona y el Bidasoa á los Pirineos, franquea esta inmensa barrera, penetra por los fértiles valles de Bigorra y el Bearnés en los Estados de Eudon, duque de Aquitania. El inmenso ejército se derrama como un torrente devastador; Burdeos intenta resistirle, pero es tomada y saqueada, el conde que la defendía cae prisionero, y tomándole por Eudon, los árabes le cortan la cabeza para enviarla á Damasco. Prosigue el ejército sarraceno su marcha terrorosa, pasa el Garona y el Dordoña y encuentra al fin á Eudon con considerables fuerzas de cristianos; Abderrahman no duda un momento en arremeter á Eudon, y el ejército aquitano queda destruido. Los sarracenos victoriosos, cargados de botín, marchan sin otro obstáculo que el inmenso despojo, y se presentan delante de Poitiers: penetran en un arrabal y le incendian, pero el centro fortificado de la ciudad se prepara á resistirlos. Abderrahman duda si atacar á Poitiers ó marchar contra Tours, cuando vienen á anunciarle que numerosas huestes mandadas por Carlos, hijo de Pepino, duque soberano de los franco-austrasios, marchan á su encuentro unidas con las reliquias del destruido ejército de Eudon. Los francos y los árabes se encuentran en las vastas llanuras que se extienden entre Tours y Poitiers. Seis días maniobran los dos ejércitos en presencia uno de otro; al séptimo ú octavo se empeña seriamente el combate; Abderrahman confiado en su fortuna, acomete el primero impetuosamente con un cuerpo de caballería, la pelea se hace general, horrible la matanza por ambas partes, y pasa el día sin declararse la victoria. Reempréndese al siguiente día la batalla; Abderrahman arremete con rabioso brio, y rompe la espesa línea de los austrasios; los robustos soldados del Norte pelean cuerpo á cuerpo con los tostados árabes y africanos..., un tumulto se levanta en las tiendas de los sarracenos: eran las tropas del duque de Aquitania que ha-



bian hecho una irrupción por aquel lado: los árabes, temiendo perder las riquezas de su botín, hacen un movimiento retrógrado para defender su campo; este movimiento introduce la confusión; en vano Abderrahman intenta restablecer el orden; cae del caballo atravesado de infinitas lanzas; estaba anocheciendo y las tinieblas vienen á economizar alguna sangre mahometana. Los árabes se retiran silenciosamente del campo del combate: al día siguiente los cristianos hallan las tiendas desiertas, los árabes habían ido en retirada hasta Narbona; el famoso Carlos, llamado despues Martell, que quiere decir *martillo* (1), pone cerco á Narbona, pero los ismaelitas la defienden con valor, y le obligan á levantar el sitio con gran pérdida (2).

La derrota de Poitiers, acaecida en 732 (3), puso término al engrandecimiento de los árabes en Occidente, y acaso les impidió hacerse los dominadores de toda Europa, que tal había sido el pensamiento de muchos de sus caudillos. Ella completó tambien el abatimiento de la casa real de Clodoveo, y fué el principio y cimiento del imperio franco-germano de Occidente, y la base sobre que Carlos Martell fundó la soberanía de la Galia para los herederos de Pepino de Herestall.

### CAPITULO III

Pelayo.—Covadonga.—Alfonso.

DE 711 Á 756

Los cristianos en Asturias.—Pelayo.—Combate de Covadonga.—Triunfo glorioso.—Formación de un reino cristiano en Asturias y principios de la independencia española.—Reinado de Pelayo.—Su muerte.—Idem de su hijo Favila.—Elevación de Alfonso I.—Estado de la España musulmana al advenimiento de Alfonso.—Sus guerras en la Galia con Carlos Martell.—Rebeliones y triunfos de los berberiscos en Africa.—Escisiones entre las razas musulmanas de España.—Atrevidas excursiones y gloriosas conquistas de Alfonso el Católico.—Terror de los árabes.—Nueva irrupción de africanos.—Designación de comarcas para el asiento de cada tribu.—Rentevanse con furor las guerras civiles entre las razas musulmanas.—Fraccionamiento de provincias.—Anárquica situación de la España sarracena.

¿Era toda la España sarracena? ¿Obedecía toda á la ley de Mahoma? ¿Era en todas partes el Dios de los cristianos tributario del Dios del Islam? ¿Habían desaparecido todos los restos de la sociedad goda? ¿Había muerto la España como nación? No: aun vivía, aunque desvalida y pobre, en un estrecho rincón de este poco há tan vasto y poderoso reino, como un desgraciado á quien han asaltado su casa y robado su hacienda, dejando solo un triste y oscuro albergue, en que los salteadores con la algarazca de recoger su presa no llegaron á reparar.

Desde la catástrofe del Guadalete y al paso que los invasores avanzaban por el interior de la Península, multitud de cristianos, sobreecogidos de pavor y temerosos de caer bajo el yugo de los conquistadores, buscaron su salvación y trataron de ganar un asilo en las asperezas de los montes y al abrigo de los riscos de las regiones septentrionales, llevándose consigo toda su riqueza mobiliaria, las alhajas de sus templos y los objetos mas preciosos de su culto. Obispos, sacerdotes, monjes, labradores, artesanos y guerreros, hombres, mujeres y niños, huían despavoridos á las fragosidades de las sierras en busca de un vallador que los pusiera al amparo del devastador torrente. Los unos ganaron la Septimania, los otros se cobijaron entre las breñas y sinuosidades de la gran cadena de los Pirineos, de la Cantabria, de Galicia y de Asturias. Esta última comarca, situada á una extremidad de la Península, se hizo como el foco y principal receptáculo de los fugitivos. País cortado en todas direcciones por inaccesibles y escarpadas rocas, hondos valles, espesos bosques y estrechas gargantas y desfiladeros, una de las postreras regiones del mundo en que lograron penetrar las águilas romanas, no muy dócil

(1) «Por los terribles golpes que á manera de martillo descargó sobre los enemigos en esta batalla,» según la Crónica de Saint-Denis.

(2) Isid. Pac. Cron. n. 59.—Conde, Dominac. cap. 25.—Fredegario, Cron.—Anales de Aniano.—Fauriel, Hist. de la Gaule Meridion.

(3) Conde la pone en 733: las crónicas francas todas en 732.

al dominio de los godos, contra el cual apenas cesó de protestar por espacio de tres siglos, pareció á aquellas asustadas gentes el mas á propósito para guarecerse con menos probabilidad de ser hostilizados, y para atrincherarse y defenderse en el caso de ser acometidos. Diéronles benévola acogida los rústicos é independientes moradores de aquellas montañas: y allí vivían naturales y refugiados, si no contentos, resignados al menos con su estrechez y sus privaciones, prefiriéndolas al goce de sus haciendas á trueque de no verse sujetos á los enemigos de su patria y de su fe. La fe y la patria eran las que los habían congregado allí. En el corazón de aquellos riscos y entre un puñado de españoles y godos, restos de la monarquía hispano-goda confundidos ya en el infortunio bajo la sola denominación de españoles y cristianos, nació el pensamiento grande, glorioso, salvador, temerario entonces, de recobrar la nacionalidad perdida, de enarbolar el pendon de la fe, y á la santa voz de religión y de patria sacudir el yugo de las armas sarracenas.

Los mahometanos por su parte habíanse cuidado poco de la conquista de un país, que sobre ser de difícil acceso, debió parecerles miserable y pobre en cotejo de las fértiles y risueñas campiñas de Mediodía y Oriente de que acababan de posesionarse, mucho mas no sospechando lo que se ocultaba dentro de aquellas montuosas guaridas. Parece, no obstante, que bajo el gobierno del cuarto walí Ayub llegaron algunos destacamentos enemigos á la parte llana de Asturias, y que hallándola desierta, por haberse retirado sus moradores á lo mas fragoso de sus bosques y breñas, se apoderaron fácilmente de las aldeas y puertos de la costa. Dejaron por gobernador en Gegio ó Gijón (hoy Gijón) á un jefe que nuestras crónicas nombran Munuza, y que fué sin duda el Othman ben Abu Neza de que hemos hablado en el anterior capítulo.

Faltábales á los cristianos allí guarecidos un caudillo de tan grandes prendas como se necesitaba para que los guiara en tan grande y atrevida empresa como la que habían meditado. La Providencia les deparó un noble godo nombrado Pelayo, hijo de Favila, antiguo duque de Cantabria, y de la sangre real de Rodrigo. Había sido Pelayo conde de los espartanos ó sea de la guardia del último monarca; había peleado heroicamente en la batalla de Guadalete, y la fama de sus proezas, y la gallardía de su persona, y la nobleza de su alcurnia, todo contribuyó á que los asturianos se agruparan en derredor suyo y le aclamaran unánimemente por jefe y capitán de aquella improvisada milicia religiosa, de aquella grey de fervorosos cristianos, mas provistos de entusiasmo y de fe que de armas y materiales medios para la defensa. Pelayo aceptó, á fuer de hombre religioso y de varón esforzado y amante de su patria, el difícil y honroso cargo que se le confiaba, y dióse principio á la obra derramándose aquellas gentes por las comarcas vecinas de Cangas de Onís, llamada entonces Cánicas.

Llegó la noticia del levantamiento de los astures á oídos del walí El Horr, á tiempo que este se disponía á penetrar con sus huestes en la Galia gótica, y no dando grande importancia al movimiento de Asturias, encargó á su lugarteniente Alkamah la empresa de sujetar los asturianos. Partió, pues, Alkamah con un cuerpo de ejército respetable, si bien es de sospechar que hayan exagerado su cifra los primeros cronistas españoles. A la aproximación de la hueste sarracena no creyendo Pelayo conveniente esperarle en Cangas, se retiró con todo el pueblo hácia el monte Auseba. Las mujeres, viejos y niños buscaron lo mas fragoso de las breñas para cobijarse, mientras los hombres de armas se situaban en las alturas y colinas desde donde mejor pudieran ofender á los enemigos que se atrevieran á penetrar por aquellos desfiladeros.

A la extremidad de un estrecho y sombrío valle al oriente de Cangas, que torciendo un poco hácia Occidente forma una cuenca limitada por tres cerros, se levanta una enorme roca de ciento veintiocho piés de elevación, en cuyo centro hay una abertura natural que constituye una caverna ó gruta, entonces como ahora llamada por los naturales la cueva de Covadonga. Allí se retiró Pelayo con cuantos soldados podían caber en aquel agreste recinto, colocando el resto de sus gentes en las alturas y bosques que cierran y estrechan el valle

regado por el río Deva, y allí esperó con serenidad al enemigo, contando mas con la protección del cielo que con sus fuerzas. Noticioso Alkamah de la retirada de Pelayo, orgulloso y confiado, hizo avanzar su ejército encajonado por aquella cañada, no pudiendo presentar sino un frente igual al que oponían los refugiados en la cueva, quedando sus inmensos flancos expuestos á los ataques de los que en las colinas laterales se hallaban emboscados. Entonces comenzó aquel ataque famoso, cuya celebridad durará tanto como dure la memoria de los hombres. Las flechas que los árabes arrojaban solían rebotar en la roca y herir de rechazo á los infieles, mezcladas con las que desde la gruta lanzaban los cristianos. Al propio tiempo los que se hallaban apostados entre las breñas hacían rodar á lo hondo del valle enormes peñascos y troncos de árboles que aplastaban bajo su peso á los agarenos y les causaban horrible destrozo. Apoderóse el desaliento de los musulmanes, tanto como crecía el ánimo de los cristianos, á quienes vigorizaba la fe y alentaba la idea de que Dios peleaba por ellos.

Cuando Alkamah vió sucumbir á su compañero Suleiman, intentó ganar la falda del monte Auseba y ordenó la retirada. Embarzábale unos á otros en aquellas angosturas. Levantóse en esto una tempestad que vino á aumentar el espanto y el terror en los que iban ya de vencida. El estampido de los truenos, cuyo eco retumbaba con fragor por montes y riscos, la lluvia que se desgajaba á torrentes, las peñas y troncos que de todos lados sobre los árabes caían, el movedizo suelo que con la lluvia se aplastaba y hundía bajo los piés de los que habían logrado ganar alguna pendiente, y que caían resbalados por aquellos senderos sobre los que se rebullían confusos en el valle, y que perecían ahogados en las desbordadas aguas del Deva, todo contribuyó á hacer creer que hasta los montes se desplomaban sobre los soldados de Mahoma. Horrible fué la mortandad: hay quien afirma no haber quedado un solo musulmán que pudiera contar el desastre: de todos modos el triunfo cristiano fué glorioso y completo; por mucho tiempo cuando las crecientes del río descarnaban las faldas de las colinas, se descubrían los huesos y armaduras de los soldados sarracenos. En medio de la vega de Cangas una capilla con la advocación de la Santa Cruz muestra todavía el sitio en que se atrevió ya Pelayo á atacar en campo raso á sus diezmosos enemigos. Aconteció este famoso suceso en el año 99 de la hegira, 718 de Jesucristo (1).

(1) Para la relación que acabamos de hacer del levantamiento de Asturias, de la proclamación de Pelayo y de la batalla de Covadonga, hemos recogido cuanto hemos hallado de mas comprobado y verosímil en los escritos árabes y cristianos, desnudo de las exageraciones y fábulas, de las invenciones maravillosas y de las extravagantes aserciones con que algunos parece haberse propuesto embrollar este brillante período de nuestra historia, los unos llevados del fanatismo propio de su época, los otros arrastrados de una especie de pirronismo histórico. Así no extrañamos que el docto Dunhan se viera embarazado hasta el punto de expresarse de la manera siguiente: «Hay tanta confusión, tanta contradicción, y á veces tal carencia de probabilidad en las oscuras autoridades relativas á este período, así árabes como cristianas, que es desesperada empresa la del que aspira á formar una narración algo racional y un tanto ordenada del reinado de Pelayo. Bien es verdad que cuando discrepan las autoridades, toca á la razón dar el fallo.» Esto es precisamente lo que nosotros hemos procurado hacer, con la diferencia que no tenemos por tan desesperada empresa como el historiador inglés, el entresacar de entre tan encontrados relatos lo mas conforme á la autoridad, á la razón y á la tradición. Creemos que basta para ello un mediano criterio.

Convenimos en que se ha embrollado mucho este período, ó por lo menos ha habido riesgo de que así sucediese, máxime desde que algunos críticos españoles conocidos por su prurito de sentar opiniones nuevas y peregrinas, pretendieron trastornar toda la cronología de estos sucesos, suponiendo no haber acontecido hasta el año 756, es decir, 38 años mas tarde de lo universalmente admitido. Sustentó el primero esta aserción el erudito Pellicer, á quien un historiador moderno (Ortiz) llama el *Hardouin de España*, «por su ciega manía en decir cosas nuevas y sostener paradojas,» y á quien siguieron Mondéjar, Masden y Noguera, aquejados tambien del mismo furor de novedad. Sirviéronle de principal apoyo y fundamento el silencio del Pacense, único cronista español contemporáneo, acerca de todo lo acaecido en Asturias. Ciertamente es notable y lastimoso el silencio que sobre tan importantes sucesos guarda el obispo cronista. Mas por fortuna, sobre no pasar de ser un argumento negativo, ha venido la publicación posterior de historias árabes, que aquellos crí-

Admiremos aquí los altos designios del que rige los pueblos y tiene en su mano los destinos de las naciones. El inmenso poder de aquellos godos, á cuyo pujante brazo no había podido resistir el coloso de Roma, de aquellos godos vencedores de cien pueblos, dominadores de España, de Africa y de la Galia, vióse reducido á un puñado de montañeses guarecidos en un rincón de esta Península, dentro de una cueva, capitaneados por un caudillo, en cuyas venas corría mezclada y confundida la sangre goda y la sangre española. Y del corazón de aquella gruta había de salir un poder nuevo, que había de luchar con otro pueblo gigante, y había de ser el fundador de un Estado que con el tiempo había de dominar dos mundos. Pelayo, cobijado en la caverna de Covadonga, seméjase:

Los que no conocieron, á confirmar la cronología general recibida y que nosotros seguimos. ¿No pudiera además el Pacense haber escrito aparte los sucesos de Asturias, y haberse perdido su obra, como desgraciadamente sucedió con el Epítome de la Historia de los Árabes, de que el mismo Isidoro nos habla en el núm. 65 de su Crónica?

Por otra parte, mientras Noguera niega el título de rey á Pelayo, Masden empieza su catálogo de reyes desde Teodomiro y Atanaildo ó Atanagildo, tocándole á Pelayo ser el tercer rey de España. Nos parece aventurada la opinion primera, é infundada la segunda.

Masden sostiene que los árabes no llegaron nunca á Gijón, y que Munuza no era gobernador de Gegio, sino de *Legio*, Leon. La similitud del nombre y la circunstancia de pertenecer entonces Leon á las Asturias, podrían hacerlo verosímil. Pero sus esfuerzos para probar que fuese *Legio* y no *Gegio* han sido insuficientes para persuadirlo.

Mas razon nos parece que tienen Pellicer y Masden para dar por fabulosa la ida del obispo Oppas á Asturias y su presencia en la batalla, cuanto mas los largos razonamientos que dice Mariana pasaron entre el obispo y Pelayo, y que nos da íntegros y á la letra según su costumbre. Lo cual, dice un escritor de nuestro siglo, lleva un sello de falsedad tan evidente que avergüenza hablar de ello. Tampoco falta quien añada haberse hallado y muerto en el combate el conde Julian y los hijos de Witiza; lo que consignamos, porque se vea que no ha quedado nada por decir de aquella célebre familia.

En cuanto á la genealogía de Pelayo hay tambien variedad y confusión. La crónica Albendense le hace hijo de Veremundo ó Bermudo y sobrino de Rodrigo. Sebastian de Salamanca le supone hijo de Favila, duque de Cantabria. Duque de Alava llama á su padre la crónica de Oviedo.

El P. Mariana da un origen muy singular al gran suceso de Asturias. En la idea de que la incontinencia de un rey cristiano (Rodrigo) fué la causa de la pérdida de España, buscó el desquite en la incontinencia de un gobernador moro para encontrar la causa de su restauración. Al efecto supone que Munuza se enamoró ciegamente de una hermana de Pelayo, extraordinariamente hermosa como era menester que fuese; y que no pudiendo lograrla en matrimonio, halló medio de enviar á Pelayo con una comisión á Córdoba para el caudillo Tarik, cuya ausencia aprovechó el moro para satisfacer su torpe deseo. Noticioso Pelayo á su vuelta é indignado de la afrenta y deshonra de su hermana, juró vengarse del atrevido y deshonesto moro, y de aquí la excitación á los asturianos á tomar las armas y todo lo demás que se siguió, y que el historiador exorna con circunstancias todas singulares, sin que podamos saber de dónde tomó la fábula y sus decoraciones. El caso es que el Padre d'Orleans, el Abad de Vairac y la compilación de Paquis tomaron ciegamente la fábula del historiador español, la cual ha podido ser muy buena para dar argumento á Moratin, padre, para su tragedia de *Ornestada*, y á Jovellanos y Quintana para su *Pelayo*.

Excusado es decir que el P. Mariana acoge de lleno todos los milagros que se cuentan de la batalla de Covadonga.

Las crónicas antiguas hacen subir el ejército árabe que combatió en Asturias á una cifra que asombra. Sebastian de Salamanca sienta muy formalmente que murieron en la primera refriega *ciento veinticuatro mil moros* (caldeos llama él), y que los *sesenta y tres mil* restantes perecieron aplastados bajo aquella colina que se desgajó. De manera que según el cronista, á quien han seguido el monje de Silos y otros posteriores, hasta el canónigo Ortiz, historiador de nuestro siglo, el ejército moro se componía de *ciento ochenta y siete mil hombres*, que todos perecieron sin quedar uno solo que lo contara. Si así fué, bien hacen en recurrir á dos milagros visibles para explicar la derrota de Covadonga, pues de otro modo sería imposible. D. Rodrigo de Toledo solo hace perecer veinte mil en la primera pelea, y despues de la retirada una gran muchedumbre. A este sigue sin duda el P. Mariana. Un historiador árabe (Ebn Haiyan, in Admed) toma su exageración por otro estilo. Este dice que el comandante de los infieles (Pelayo) se encerró en una cueva con trescientos hombres, los cuales todos perecieron de hambre y de fatiga, excepto treinta hombres y diez mujeres que sobrevivieron y se alimentaban de miel que las abejas habían dejado en las hendiduras de la roca. Por último, en el *Moro Expósito* de nuestro ilustrado contemporáneo el duque de Rivas,